27

EL PERRO, Ó YO.

COMEDIA EN UN ACTO,

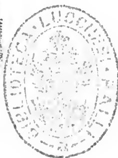
ORIGINAL

de D. Valentin Lopez Navalon.

Representada con aplauso en el teatro de Tirso de Molina
el 5 de octubre de 1855.







MADRID.
Imprenta á cargo de D. Francisco del Castillo,
Calle del Rio, n. 6.
1857.

Al Sr. D. Luis Martinez de Camacho, como prueba de cariño y agradecimiento de su sobrino

Valentin L. Navalon.

PERSONAJES.

LUISA.
JUANA.
JORGE.
EL TIO LORENZO.

La escena pasa en G... en 185...

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada: puerta al foro: otra puerta á la izquierda que conduce á la habitacion de Luisa: en lugar conveniente un tocador: una mesa con recado de escribir á la derecha, y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, *sentada, con un perrito de lanas en brazos.*

Pobre animal! Qué cariñoso es! No puede estar un momento sin verme! Estoy segura de que si estuviera separado de mí un solo dia, se moriria de pesar. Oh! es tan agradecido como ingratos son los hombres, y no sé cómo todavía nos atrevemos á amarlos, cuando podemos decir con razon que toda su sensibilidad se ha refugiado en estos séres desgraciados. (*Acaricia al perro.*) Sin embargo, hay un hombre que me ama con todo su corazon y á quien correspondo con todas las fuerzas del mio. Oh! sí: hace cuatro años que Jorge, mi primo, me hizo sentir las primeras emociones del amor, de ese amor puro que ciñe con una aureola la frente de sus elegidos. Jorge era para mí la atmósfera perfumada donde se embriagaba mi existencia, y yo era para él la flor en cuyo cáliz libaba el néctar de una vida agitada por amorosas sensaciones. Todo nos sonreia; pero solicitó mi mano un hombre viejo y rico, tuve que sacrificarme á los intereses de familia, y me ví obligada á encerrar mi amor en los estrechos límites de ciertas conveniencias so-

ciales. Pobre Jorge! Huyó de mi lado y aun me ama: yo tambien le amo, y mi amor hácia él es tan grande como el que profeso á mi Abelardo. (*Acariciando al perro.*) Hace dos meses que no me escribe, me inquieta su tardanza y.....

ESCENA II.

LUISA, JUANA.

JUANA. Señorita, señorita: ha venido el cartero y ha dejado esta carta para V. He conocido la letra del señorito Jorge.

LUISA. De Jorge!.. veamos lo que me dice. (*Coje la carta y la abre.*) Probablemente estará llena de lisonjas como todas las que me envia. (*Lee.*) «Adorable prima: con cuánta impaciencia estoy esperando el momento de estrecharte en mis brazos, de poder decirte cuánto te amo y cuánto he sufrido lejos de tí. Oh, Luisa! tu imágen me sigue do quiera dirijo mis pasos, la veo en todas partes y estoy seguro de verla tambien en la borla de doctor que me conferirá el cláustro. Pronto, muy pronto, espero darte el dulce título de esposa, á menos que hayas ofrecido tu mano á otro viejo como tu difunto marido. Adios, adios, te avisaré con anticipacion el dia de mi llegada, y entre tanto recibe en un abrazo el corazon de tu Jorge.»

JUANA. Y para mi no manda otro?

LUISA. Otro qué?...

JUANA. Toma... otro abrazo!..

LUISA. Juana!.. qué dices?.. estás loca?

JUANA. Como otra vez ha hecho lo mismo, creí que ahora..

LUISA. Acaso te ha escrito el señorito Jorge?

JUANA. No señora, pero la última vez que estuvo á ver á V. me dió un abrazo.

LUISA. Te abrazó!... (Dios mio!, si habrá abusado Jorge de su inesperiencia!) Y tú que hiciste?

JUANA. Qué habia de hacer?... Me dijo que aquello solo se hacia con las personas que se quieren, y yo

me dejé... porque me gusta que me quieran.

LUISA. (Ah Jorge!... me engañas!...)

JUANA. Y ademas me dijo unas cosas tan bonitas....

LUISA. (Todavía mas!..) Dime todo cuanto te dijo.

JUANA. No me acuerdo de todo, porque ha pasado mucho tiempo; pero me dijo una cosa que me alegró mucho y no olvidaré nunca. Me llamó hermosa.

LUISA. Y no te acuerdas de mas?

JUANA. Oh! sí señora!.. hay cosas que se olvidan tan dificilmente!.. Decia que yo era una flor, un bocadito de miel, un ángel con quien soñaba todas las noches. Luego hablaba de soles, de estrellas, de pensamientos, de corazones henchidos, de suspiros, de miradas, de palpitaciones, de delirios, de...

LUISA. Basta, basta!... (Cuánto sufro!) Y nada mas?

JUANA. Nada mas! le parece á V. poco?

LUISA. (Respiro!....)

JUANA. Ah!.... me decia tambien otras cosas.

LUISA. Otras cosas?

JUANA. Sí señora... no sé cómo esplicarme. Decia amante... amor... amor mio, y hablaba de un niño ciego que conocia mucho y me prometió enseñar. Yo no comprendia estas cosas, pero me parecian tan bonitas... y como el señorito Jorge las decia con tanta gracia... Sabe V. qué es amor, señorita?

LUISA. (Me ahogo!) Juana! te prohibo que vuelvas á hablar en mi presencia de esas majaderías, y cuando venga el señorito Jorge, guárdate de escucharle una palabra, porque de lo contrario... Ya sabes que hace cuatro años que te tengo en mi casa, y durante este tiempo te he tratado como si fueras hija mia.

JUANA. (*Llorando.*) Si señora... es verdad, y nunca lo olvidaré.

LUISA. Vamos, Juana, no llores. No trato de regañarte, sino de advertirte que no hagas caso de lo que te diga el señorito Jorge, que es un loco.

JUANA. Obedeceré á V. Como yo ignoraba que fuesen malas aquellas cosas tan dulces que me decia callandito, las oia con mucho gusto, y... ya se vé... como estaba triste algunas veces, me alegraban tanto!....

LUISA. Pues tén presente que esas cosas suelen producir disgustos y lágrimas.

JUANA. Lágrimas!.... con que tan malo es eso que llaman amor?

LUISA. (Qué inocente!) Juana, eres todavia muy niña, y tu inteligencia no está en disposicion de apreciar las esplicaciones que pudiera darte sobre el particular; pero sabe que bajo esas palabras tan dulces con que los hombres regalan los oidos de la mujer que tiene la debilidad de escucharles, hay un veneno que desgarra el corazon y corrompe el alma mas pura. Guárdate de oirlas, Juana, porque serás muy desgraciada.

JUANA. Un veneno!.... Ay que lástima!... y yo que creia otra cosa....

LUISA. Basta, Juana, no hablemos mas de esto. Ayúdame á peinar á Abelardo, que dentro de un momento tiene que acompañarme á hacer una visita, y seria una vergüenza que saliese en este estado. (*Juana toma unos peines del tocador, se sienta y ayuda á Luisa en la operacion indicada.*)

JUANA. Con qué nombres tan originales se bautiza á estos perritos. Yo creia que á los animales no se les daba nombres de personas.

LUISA. Pues estás equivocada: son tan pequeñitos y tan bonitos, que seria una iniquidad ponerles nombres tan ordinarios como Palomo y Leon. El buen gusto reclama otros mejores, y sobre todo mas adecuados, como Oscar, Adel, Arturo. Oh! es imposible no quererlos con estremo, y yo le quiero tanto....

JUANA. Pero al señorito Jorge no le gustan, no puede verlos ni aun pintados. Ya sabe V. que los odia horriblemente, y la última vez que estuvo, casi

matò al otro à puntapiès. Qué furioso estaba, Dios mio!

LUISA. Es cierto que no puede verlos, y no comprendo la causa de su aversion á unos séres tan inocentes y que de tanta distraccion nos sirven á las mujeres. Se han generalizado tanto en Madrid, que se habrá acostumbrado á ellos; pero si no, espero convencerle y creo que no me obligará á abandonar á Abelardo. Ademas de que en una de mis cartas se lo dije para prevenirle, y cuando nada me ha dicho sobre el particular, es prueba de de que ha mudado de opinion.

JUANA. Dios lo quiera, pero lo dudo mucho. Se acuerda V. cuando decia que estos perritos son enemigos declarados del hombre?

LUISA. Prueba de que lo merecen.

JUANA. Y que están siempre al lado de las mujeres.

LUISA. Asi hicieran los hombres otro tanto; pero son unos infames que nunca están contentos: tienen envidia de estos animalitos, y nos acusan de concederles un lugar preferente en nuestro corazon. Es verdad que lo hacemos; pero quién tiene la culpa si no ellos que nos abandonan y nos obligan á depositar nuestro cariño en unos séres mas agradecidos? Desde mi casamiento han sido mi única distraccion.

JUANA. Oh! bien necesitaba V. distraerse, porque el difunto señor, que esté en gloria, tenia una cara tan compungida.... Vamos, no puedo acostumbrarme á los viejos. (*Se levantan.*)

LUISA. Ya es hora de que vaya á ver á mi amiga Enriqueta que estará esperándome: procura que esté dispuesta la comida á mi vuelta y nò pierdas tiempo. (*Vase con el perrito.*)

JUANA. Está bien.

ESCENA III.

JUANA.

Dios mio! qué oprimido tengo el corazon! Sin saber por qué me han hecho daño las palabras

de la señorita. Me duele la cabeza... no sé qué me pasa... y luego el señorito Jorge... vamos me vuelvo loca. Quién habia de decir que aquellas cosas tan bonitas fuesen malas? Y á mí que me gustaba tanto oirlas!.. Y por la noche cuando pensaba en el señorito Jorge, me parecia oir su voz, creia sentir su mano sobre la mia y hasta se me figuraba oir el ruido de un beso; pero esto era mentira porque en mi cuarto no habia nadie. Oh! no, no. Vamos, está visto que lo que parece lo mejor, es siempre lo mas malo. De modo que eso que llaman amor, debe ser una especie de víbora que muerde; de esas que decia mi abuelo que son tan venenosas, que matan con la lengua... Oh! para saber esto hubiera preferido no saber nada, y si el señorito Jorge quiere decirme lo que otras veces, gritaré para que me oigan y... (*Vuelve la cabeza.*) suena ruido. (*Se dirige á la puerta.*)

ESCENA IV.

JUANA, JORGE, *en traje de camino.*

JUANA. (*Volviendo asustada.*) Ay, Dios mio, es el señorito Jorge!..

JORGE. Juanita!... hermosa mia.... dame un abrazo... (*Colocándose detras de la mesa de la izquierda.*)

JUANA. No se acerque V. á mí, ó pediré socorro.

JORGE. (*Parándose.*) Cómo... qué dices... acaso no me conoces?

JUANA. Oh! sí, le conozco á V... y mucho; mas de lo que V. cree.

JORGE. Pues entonces, por qué huyes de mí? Tengo alguna cosa que te espante? Vamos... (*Acercándose á Juana.*) sé razonable.

JUANA. (*Corre á colocarse detrás de la mesa de la derecha.*) Ay, ay... déjeme V.

JORGE. Pero Juanita, nunca te he visto tan asustada como hoy, y á la verdad que no alcanzo el motivo. Ya sabes que te quiero mas que á mi vida.

JUANA. Si, lo que V. quiere es envenenarme.

JORGE. Envenenarte!... ay, ay, ay... tú has perdido el juicio. Cuéntame lo que te ha sucedido en mi ausencia, porque supongo que te habrá sucedido algo para estar así.

JUANA. No señor.

JORGE. No es posible. Has estado mala?

JUANA. No señor.

JORGE. Se ha muerto tu abuelo á quien querias tanto?

JUANA Si señor.

JORGE. Ah... con que es eso?

JUANA. No señor.

JORGE. Diablo!.. pues entonées no estás contenta de mí?

JUANA. (*Con fuerza.*) No señor.

JORGE. (Cosa mas rara!) Oye, Juanita. Hace un año que nos vimos la última vez, y al despedirme de tí, me diste, ó mejor dicho, te dí un abrazo que recibiste de buena gana: te dije que te queria, que te amaba, qué sé yo cuantas cosas, y á todo me dijiste que sí: ahora quiero darte otro abrazo, me lo niegas, y á todo me dices que no. En qué consiste este cambio, paloma mia? Acaso no te amo lo mismo que antes?

JUANA. Es que yo no quiero que V. me ame.

JORGE. No quieres que te ame... por qué?

JUANA. Porque el amor hace daño.

JORGE. Ja... ja... ja... con que hace daño? Te ha causado algun cólico el amor?

JUANA. No señor, pero me ha dado dolor de cabeza.

JORGE. (Pobre chica, está loca, y es lástima, (*Mirándola de reojo.*) porque es bastante bonita y confieso que me gusta un poco. Cómo ha de ser! (*Se sienta.*) Uf... qué molido estoy del viaje: me duelen todos los huesos del cuerpo, hasta los dientes, aunque estos es por falta de ejercicio. Pero qué aturdido soy, no me he acordado todavia de preguntar por mi hermosa prima.) Dime Juana, dónde está la señorita Luisa?

JUANA. Ha salido á hacer una visita, pero no debe tar-

dar en volver: no le esperaba á V. hasta dentro de unos dias y se vá á sorprender cuando le vea.

JORGE. Es verdad, he querido proporcionarla una sorpresa agradable, y la he dicho una mentirilla en la carta que ha debido recibir hoy.

JUANA. Ay, Dios mio, la comida está abandonada y debo tenerla dispuesta para cuando vuelva la señorita. Me voy, me voy. (*Vase.*)

JORGE. Sí, sí, corre, corre, que esté pronto y no te olvides de avisarme la llegada de mi prima.

ESCENA V.

JORGE.

No puedo olvidar el singular recibimiento que me ha hecho Juanita. Es cosa rara... Antes tan amable, tan cariñosa, y ahora tan adusta. Esto me hace pensar.. (*Queda pensativo.*) pero nó, será un capricho de mujer solamente, un misterio del corazon, porque el corazon de la mujer abunda en misterios. Cuántas cosas veríamos en él si se hubiese inventado un anteojo á propósito para profundizarle!; pero la ciencia es tan caprichosa y superficial como las mujeres, se ocupa solo de bagatelas. Oh! la mujer es pesimista por naturaleza: es el ser mas raro, el mas indefinible que se conoce, y no porque le falten cualidades para ser definida, sino porque le sobran. Pero todo se lo perdono, menos el cariño que profesa á esos perritos de lana que hacen su delicia. Qué horror! qué odio mas encarnizado los tengo. Con qué placer los veria á todos espirar en medio de las mas horrorosas convulsiones. Mi bella prima era algo aficionada á ellos, pero gracias á mí, ha desaparecido esa peligrosa aficion.

ESCENA V.

JORGE JUANA.

JUANA. Ay, Dios mio!.. qué desgracia tan grande!...

JORGE. (*Levantándose.*) Qué es eso? Qué ha sucedido?

JUANA. La señorita Luisa acaba de llegar en este momento, y Abelardo que venia jugando con ella como siempre, ha rodado todas las escaleras y casi se ha matado.

JORGE. (Qué oigo!...) Cómo...has dicho Abelardo?

JUANA. (*Retirándose.*) Si señor, pero no se arrime V. tanto.

JORGE. (Dios mio!.. un hombre en casa de Luisa y jugando con ella...) Juana, no tengas miedo que no te haré nada si contestas á todo cuanto te pregunte. Viene á menudo á verla?

JUANA. Quién, Abelardo?

JORGE. Sí.

JUANA. Si vive aquí.

JORGE. Aquí!... y cuánto tiempo hace?

JUANA. Cerca de un año.

JORGE. Un año!.. (Oh! no se comprende tanto abandono de los deberes.)

JUANA. Poco despues de marcharse V. le trajo la señorita y se quieren tanto, que no pueden estar un momento separados.

JORGE. Con que se quieren mucho? (Oh rabia!)

JUANA. Sí señor, la señorita le besa todos los dias, y él es tambien muy cariñoso.

JORGE. Desventurada, y hace eso delante de ti?

JUANA. Si señor, por qué no?

JORGE. No, no, Luisa no puede hacer semejante cosa, es mentira.

JUANA. Sí, mentira, y ademas....

JORGE. Qué?

JUANA. Nada, porque vá á decir V. que tambien es mentira.

JORGE. (*Paseándose apresurado.*) (Infierno! Tengo una hoguera en el corazon.... un volcan de celos que me abrasa.... Luisa un amante!....) Juana!..

JUANA. (*Asustada.*) Ay!...

JORGE. Pero es verdad lo que dices, no me engañas?

JUANA. No señor; ademas V. lo sabia ya.

JORGE. Yo?

JUANA. Si señor. La señorita se lo dijo á V. en una de sus cartas y contaba con su consentimiento.

JORGE. Con mi consentimiento!.. y habia yo de consentir esa infamia?

JUANA. Pues qué, eso es malo?

JORGE. El infierno está destinado para quien lo hace!

JUANA. Ay, Dios mio!.. y yo que hacia otro tanto...

JORGE. Tú.... qué dices?.. te asustas de mí cuando te hablo de amor y no te espantas de eso?

JUANA. Pero eso no es amor.

JORGE. Pues qué es, infeliz?

JUANA. No lo sé, pero no es amor.

JORGE. Y de dónde es ese miserable?

JUANA. Lo ignoro. La señorita Luisa dice que es de un pueblo muy lejos, muy lejos, donde los hombres no son blancos. Allí creo que le compraron.

JORGE. (*Con sorpresa.*) Que le compraron!.. (Cielos!.. qué horrible pensamiento!.. si será un negro? (*Paseándose agitado.*) Oh! es necesario que yo aclare esta sospecha, es necesario que yo sepa la verdad al momento.) (*Volviéndose precipitadamente hácia Juana.*) Juana!..

JUANA. (*Retrocediendo asustada.*) Ay, ay, no me haga V. nada.

JORGE. (*Cojiéndola de un brazo.*) Dime, no tiene el pelo corto y muy rizado?

JUANA. Quién, la señorita Luisa?

JORGE. No, él... él...

JUANA. Pero quién es él?

JORGE. Abelardo... ese miserable!..

JUANA. Ah! si señor, le tiene muy corto y muy rizado.

JORGE. (*Con ansiedad creciente á medida que Juana contesta. Rapidéz.*) Las narices chatas?

JUANA. Si señor, chatas.

JORGE. Las orejas grandes?

JUANA. Si señor, como que le cuelgan.

JORGE. Los ojos saltones?

JUANA. Si señor, saltones.

JORGE. Los dientes blancos, muy blancos?...

JUANA. Si señor, como que la señorita se los limpia con polvos de Quiroga. (*Jorge suelta con furor el brazo de Juana y se pasea apresuradamente.*)

JUANA. (*Llevándose la mano al brazo.*) Ay...

JORGE. (Oh! no hay duda, es un negro el que me ha robado el objeto de mi amor, un negro!.. Y yo que habia depositado mi confianza en esa nueva Helena, entregándola mi corazon con toda la sencillez de un niño!...) Juana!

JUANA. (*Asustada.*) Pero si yo no tengo la culpa. Se le cedió á la señorita una amiga suya que se habia cansado de él, porque Abelardo se escapaba todos los dias á casa de una vecina.

JORGE. Calla, desventurada, y no pronuncies una palabra que tenga relacion con ese mónstruo. Vete, vete, porque tu presencia me es insoportable. Márchate... (*Indicándola la puerta.*) que mis ojos no vuelvan á verte, que mis oidos no vuelvan á escuchar tu voz porque cometeria un atentado. Huye, furia del averno... (*Adelantándose hácia Juana.*) huye!..

JUANA. (*Que habrá escuchado á Jorge con muestras de temor, se dirige corriendo á la puerta.*) Socorro, socorro!

ESCENA VII.

JORGE.

Dios mio! Qué es lo que he oido? Oh! quisiera morir en este momento. Luisa, esa mujer tan pura cuyo amor era mi única ambicion, ese ángel cuyas blancas alas aun no habian sido manchadas por el cieno de la vida, ha roto el freno del pudor para envilecerse. Si su nuevo amor fuese el voto de su corazon, la perdonaria porque solo quiero su felicidad; pero ese amor es la espresion de un deseo que la deshonra y no quiero perdonarla. Perdonarla..! no, no; tiene

un amante á quien concede todos sus favores, y á mí siempre me ha negado una inocente caricia... Oh mujeres, mujeres! El hombre no puede daros mas amor del que contiene su pecho, pero vosotras le dais mas ódio del que cabe en vuestro corazon: negais un favor insignificante al hombre que os ama y os le pide de rodillas, y os echais en brazos del que os aborrece, del que os desprecia. Ingratas! y os quejais todavia? (*Con furor.*) Luisa!... Me arde la cabeza. Oh! quiero sangre, y la tendré: mataré á ese miserable como se mata á un perro. Mas, qué digo? No, no: yo debo irme sin ver á esa ingrata. Sí; la ausencia para mí, para ella el remordimiento... si la mujer es capaz de sentirle. Me voy, pero antes quiero dejarla una carta de despedida, de desprecio. (*Se coloca á escribir en la mesa de la derecha.*)

ESCENA VIII.

JORGE, EL TIO LORENZO.

LOR. (*Saliendo con una caja debajo del brazo.*) Pobre animalito como se queja! Debe haberse dado un golpe espantoso; pero no importa, los he curado de mas gravedad. (*Viendo á Jorge.*) Calla!... un caballero... y está escribiendo!... Vamos, este será el esposo de esa señorita. Ah picaron!... qué envidia te tengo!... Qué diablos, siempre me olvido de que soy un Matusalen. (*Se dirige á la mesa de la izquierda, coloca en ella la caja y se sienta.*) Vamos á escribir la receta.

JORGE. (*Escribiendo.*) «Infame Luisa!... me has engañado!..

LOR. (*Limpiando la pluma*) Qué triste está la señorita! si tanto llora por su perro, qué no hará cuando se muera su esposo!.. Capaz es de enternecer á un corazon de mármol.

JORGE. (*Escribiendo.*) Sí, pondré una inmensidad entre los dos, porque necesito....

LORENZO. (*Id.*) Media docena de sanguijuelas... dos pares de sinapismos.

JORGE. (*Id.*) Yo te perdono el daño que me has hecho; la vida me es ya insoportable; quiero morir... y moriré.

LORENZO. (*Acabando.*) Oh! con estas medicinas, estoy seguro de que si no muere... sana.

JORGE. (*Escribiendo.*) A Dios... hasta la eternidad. (*Cierra la carta y apoya la cabeza en las manos.*)

LORENZO. (*Guardando la receta.*) Ya estoy demas aquí. La humanidad doliente reclama mis servicios en otra parte, y yo, hombre de la ciencia, no debo negárselos. Vamos, pues. (*Al levantarse hace ruido.*)

(*Jorge sale de su meditacion y al ver al tio Lorenzo, se levanta y se dirige á él.*)

JORGE. (Cielos!.. otro hombre!...) Quién es V., qué busca V. aquí?

LORENZO. Contestaré á V. por partes, caballero. (*Dándose importancia.*) Yo me llamo D. Lorenzo Sinagoga y Verruguillo, aunque algunos malévolos suprimen el don; tengo cincuenta y ocho años, y soy natural de Cascante, en la provincia de Navarra. En mi juventud seguí con aprovechamiento el estudio de la medicina, pero mi falta de recursos me obligó á abandonarla y á elegir otra profesion mas modesta, aunque no menos honrosa: me hice veterinario. Psch!.. la ciencia es casi la misma; ambas profesiones tienen muchos puntos de contacto, solo que en llegando á los enfermos se sepâran. Y en cuanto à lo que hago aquí, debo decir á V. para su satisfaccion y la mia, que reemplazo en sus ausencias al cirujano de este pueblo, y he sido llamado para un caso de ciencia, para un caso práctico.

JORGE. Ah! V. viene á ver....

LOR. Le he visto ya, caballero.

JORGE. Y cómo se halla?

LOR. En muy mal estado.

JORGE. Morirá? (*Con precipitacion.*)

LOR. Morir!... Hoy solo se muere el que cierra los ojos á la luz de la ciencia, porque la ciencia es infalible. Enriquecida con multitud de observaciones, de fenómenos y de hechos prácticos, ha llegado á ser una verdad incontestable, sí señor, incontestable; (*Recargando.*) porque todos los grandes talentos, y yo con ellos, nos hemos afanado para conseguir este resultado. Tengo escrita una memoria sobre el modo de curar radicalmente las almorranas y los ojos de gallo, la cual leeré á V. mas despacio; y en cuanto á la receta, si V. la quiere, ahora mismo... (*Dirigiéndose á la mesa.*)

JORGE. (*Con sequedad.*) Gracias, puede V. guardarla para otro. (*Se pasea.*)

LOR. (*Volviendo á donde está Jorge, que continúa paseándose.*) Pues, como iba diciendo, la humanidad está de enhorabuena, porque la ciencia es infalible, como lo he demostrado palpablemente. Ha entrado por decirlo así en una via férrea, si señor, férrea, y ya no habrá descarrilamientos. Este es un pensamiento mio, caballero. (*Con calor.*) Ya no hay rutinarios, ya los empíricos conociendo la falsedad de sus teorías y la iniquidad de sus pretensiones, han apelado á la fuga y solo hemos quedado los hombres de corazon y de talento. (*Acompañando la accion.*) Y qué impulso no hemos dado á la terapéutica? Qué prodigioso número de remedios no hemos inventado y perfeccionado? A propósito de remedios.... (*Se dirige á la mesa donde está la caja, abre esta, y saca de ella una lavativa de grandes dimensiones.*) hé aquí, caballero, hé aquí uno de los mas poderosos auxiliares de la ciencia médica. (*Interrumpiendo á Jorge en su paseo y mostrándole la lavativa.*) La lavativa es la invencion mas gloriosa del entendimiento humano; mas que el vapor

aplicado á los caminos de hierro y la electricidad á la telegrafia. Su nombre deberia estar escrito con letras de oro!.. Qué efectos tan admirables produce!.. Puede decirse que es la llave que arregla el descompuesto reló de nuestro vientre. Tan convencido estoy de su necesidad y eficacia, que no la abandono ni aun para visitar á mis amigos; y desde que ejerzo mi profesion, habré echado con ella próximamente diez mil lavativazos. Está á la disposicion de V. caballero, es decir, cuando la necesite.

JORGE. (*Irritado.*) Lo que yo necesito es que V. se marche pronto: su conversacion me cansa, me fastidia!..

LORENZO. (*Indignado.*) Que le cansa!...

JORGE. (*Señalándole la puerta.*) Tenga V. la bondad de dejarme.

LORENZO. (*Volviendo á guardar la lavativa.*) (Qué le cansa, que le fastidia la ciencia, cuando á mí me arrebata!.. (*Mirando de soslayo á Jorge.*) Ignorante!.. *Se pone el sombrero, coloca la caja debajo del brazo, y adoptando una gravedad ridícula, se retira haciendo un gesto de desprecio al pasar junto á Jorge.*)

ESCENA IX.

JORGE.

Yo soy quien debo marcharme de esta casa; yo, que he creido encontrar en ella mi felicidad y solo he hallado la tumba de mis ilusiones. Sí; necesito respirar un aire que esté doscientas leguas de mi patria, para que no lleguen hasta allí los recuerdos que me agovian. (*Llama.*)

ESCENA X.

JORGE, JUANA.

JUANA. (*Apareciendo en la puerta del foro.*) Ha llamado V.?

JORGE. Si, acércate. *(Juana permanece inmóvil.)* No has oido?

JUANA. Si señor, pero como V. ha dicho que no quiere verme...

JORGE. Ahora te digo que vengas.

JUANA. *(Adelantándose un poco con desconfianza.)* Qué quiere V?

JORGE. Aproxímate mas. *(Juana se acerca, todavia con desconfianza.)* De mi parte entregarás esta carta á la señorita Luisa, y la advertirás que no espere ninguna otra en lo sucesivo, pues no pienso escribirla. Toma. *(Al dar Jorge la carta á Juana, oye unos quejidos que salen del cuarto de Luisa.)* Qué es eso?

JUANA. Es el pobre Abelardo que se queja.

JORGE. *(Fuera de sí, tira la carta á Juana y vase precipitadamente.)* Maldicion!...

JUANA. *(Asustada.)* Ay!..

ESCENA XI.

JUANA *recogiendo la carta.*

Pero señor, qué mosca le habrá picado al señorito Jorge para estar así? Si querrá matarme á sustos? Qué cambio en tan poco tiempo! Hace un momento que ha llegado y ya se marcha quizá para no volver mas! Y todo por un perro!.

ESCENA XII.

JUANA, LUISA.

LUISA. *(Saliendo de su cuarto.)* Juana, dónde está Jorge? Abelardo se halla mas tranquilo y he aprovechado este momento para ver á mi primo. Ha salido?

JUANA. Si señora, y para no volver mas.

LUISA. Qué dices?

JUANA. Hace un momento, cuando le conté la desgracia del pobre Abelardo, se puso muy enfadado y me llamó furia. Bien decia yo que no puede ver á los perros.

LUISA. Y no te ha dicho nada para mí?

JUANA. Me ha dado esta carta.

LUISA. (*Abre la carta, vacila en leerla, y por último se la dá á Juana.*) Lee tú, Juana.

JUANA. (*Leyendo*) «Señora....

LUISA. Ah!...

JUANA. (*Continuando.*)« Despues de lo que he sabido hace un momento, seria para mí vergonzoso permanecer por mas tiempo en su casa. Soy noble, señora, y por consideracion á la pureza de un recuerdo que no quiero evocar, me abstengo de condenar como debia su conducta. Perdono á V. que haya roto sus juramentos; pero la aconsejo que si trata de seguir en el camino que ha emprendido, al menos, evite V. al mundo el escándalo de su posicion.»

LUISA. Basta, basta... no quiero oir mas: corre, ve á buscar al señorito Jorge y dile que vuelva al punto. Espera, mejor será que le entregues dos letras mias... (*Se dirige á la mesa y escribe.*) Toma, tal vez no haya llegado todavia á la posada que está inmediata, pero de todos modos, búscale por todas partes y no vengas hasta encontrarle, corre... (*Dá un papel á Juana.*)

ESCENA XIII.

LUISA.

Cielos! Jorge me abandona! Jorge que me ama tanto y que ha jurado no amar á nadie mas que á mí. Oh! no esperaba este golpe tan cruel! Y por qué me abandona? porque he faltado á la promesa que le hice trayendo á Abelardo!.. Acaso merece esto la pena de hacer lo que él ha hecho? No seria una lástima, una crueldad, abandonarle en el estado en que se encuentra herido... desangrado?.. Sí lo seria, y Jorge no puede quererla, no. Es tan persuasiva, tiene tal influencia la voz de la mujer en el corazon del hombre que la ama, que no dudo conseguir su in-

dulgencia. Oigo pasos... si será... (*Vuelve la cabeza.*)

ESCENA ULTIMA.

LUISA, JORGE, *despues* JUANA.

LUISA. Jorge!...

JORGE. (*Con seriedad.*) Señora!..

LUISA. Ingrato!.. con que me abandonas?

JORGE. Señora, no he venido á escuchar reconvenciones y no las consentiré de quien no tiene derecho á hacérmelas. Me ha llamado V. para que la esplique mi conducta: no he debido acceder á su súplica, pero soy caballero y he venido á dar á V. el último adios.

LUISA. Jorge!...

JORGE. Hace cuatro años que amo á V., ó mejor dicho que la amaba, porque ahora la odio, y durante este tiempo no la he dado derecho para dudar de mi amor. Hace cuatro años que tambien me dijo V. que me amaba, y lo creí, señora, lo he creido hasta hoy, pero he sido engañado. Hace un año que me repitió V. el mismo juramento: hace un año que me juró no profanar mi amor posponiéndole á ningun capricho indigno, y hace un año que me engaña V. miserablemente. No quiero recordar á V. lo que he hecho para merecer su amor, no: quiero solo decirla, que hace un momento, cuando en alas de mi corazon venia á arrojarme á sus pies, he sabido que ha dado V. su amor á otro mas dichoso que yo, á un miserable cuyo nombre no quiero pronunciar.

LUISA. Es cierto, Jorge, que faltando á la palabra que te dí hace un año, he traido á Abelardo á mi casa; pero yo contaba con tu indulgencia, y...

JORGE. (*Indignado.*) Con mi indulgencia!.. y no se avergüenza V. de decirlo? Es V. aquella mujer pura educada en los severos principios del deber y del honor, aquella mujer á quien tenia orgullo en llamar mia, en amar mas que á mi vida?

LUISA. Jorge, escúchame, no me condenes sin oirme;

yo he podido faltar á la promesa que te hice, pero no creo haber faltado á mi deber. Hace un año que te marchaste y tu ausencia me dejó sumergida en el dolor y el desconsuelo: la soledad de mi vida era solo endulzada por el recuerdo de tu amor; por tu recuerdo, Jorge; por ti en quien pensaba noche y dia; con todo, en medio de esta felicidad en que rebosaba mi alma, tenia momentos de malestar y de tristeza. Mucho te amaba y mucho te amo, Jorge; pero tú estabas lejos de mí y yo estaba sola: quise proporcionarme un pasatiempo inocente, quise tener un compañero que me distrajese en mi soledad, y entonces fué cuando una amiga compadecida de mi situacion....

JORGE. (*Interrumpiéndola.*) Basta, señora, basta: sé lo demas.

LUISA. Y bien Jorge...

JORGE. Y bien señora, aun tiene V. valor para llamarme, para presentarse delante de mí con la frente erguida como si nunca un pensamiento infame hubiese empañado la pureza de su alma? (*Indignacion.*)

LUISA. Jorge, tus palabras son demasiado severas y no creo merecerlas: todos tenemos debilidades y confieso que solo una debilidad ha podido hacerme olvidar mi palabra.

JORGE. (*Con ironía.*) Y es un negro!..

LUISA. (*Con sorpresa.*) Un negro!.. no Jorge, si es blanco. Oh! es el mas hermoso que yo he visto! Si vieras...

JORGE. (*Fuera de si.*) Oh! calle V. señora... calle V., porque esas palabras despertando mi furor me escitan á la venganza y... (*Con resolucion.*) me vengaré: blanco ó negro morirá á mis manos. (*Jorge saca una pistola y se dirige precipitadamente al cuarto de Luisa: esta se coloca en la puerta y le impide la entrada. Rapìdez.*)

LUISA. (*Aterrada.*) Jorge!.. detente!..

JORGE. (*Procurando apartar á Luisa.*) Que me detenga!.. no, ya es tarde!.. Yo me marchaba sin ver á V., sin decirla una palabra, y V. me ha llamado, V. me ha recordado lo que queria borrar de mi memoria.

LUISA. (*Suplicando.*) Respeta su vida: si no por mí que ya nada soy á tus ojos, por la mujer que hace cuatro años oyó de tu boca las primeras palabras de amor.

JORGE. (*Alejándose un poco de Luisa.*) Triste recuerdo!.. (*Queda pensativo.*)

LUISA. Oh! tu noble corazon no ha podido menos de enternecerse al oir mis palabras, y tu silencio es prueba de que todo lo olvidas: gracias, Jorge, gracias: voy á traer á Abelardo para que le veas. (*Entra en su cuarto y vuelve á salir en seguida trayendo en brazos al perrito, cubierto con un paño la mitad del cuerpo.*

JORGE. (*Sin notar la ausencia de Luisa.*) Quién lo dijera!.. Ayer era un ángel de amor y hoy solo es....

LUISA. (*Mostrando á Jorge el perro.*) Mírale, Jorge, mira qué hermoso es!... (*Con alegria. Jorge vuelve la cabeza y al ver á Luisa con el perro, lanza una esclamacion, deja caer la pistola y como anonadado va á sentarse en un sillon. Luisa entretanto deja el perro en su cuarto y vuelve al lado de Jorge.*)

JORGE... (Oh! es un perro!.. qué vergüenza!.. (*Respira con fuerza.*) Disimulemos.. (*Viendo acercarse á Luisa.*)

LUISA. Ya ves Jorge que por eso no he dejado de amarte, y si consientes que Abelardo se quede....

JORGE. Nunca, nunca: yo no puedo consentir sin deshonrarme, imposible!..

LUISA. Si tú quisieras, seriamos los tres tan felices....

JORGE. No, no: en el amor no puede haber felicidad sino hay esclusivismo.

LUISA. No me niegues el primer favor que te pido.

JORGE. (*Levántadose*) Señora, esto es ya vergonzoso y es necesario acabar cuanto antes: aqui hay incompatibilidad y por tanto tiene que haber eleccion. Escojed!.. El perro, ó yo... (*Con energia*)

LUISA. (*Suplicando.*) Consiente, Jorge, se contentará con dormir á los pies de la cama...

JORGE. (Que horror!..) Acabemos.

LUISA. Oh! no seas cruel!...

JORGE. (*Con indignacion.*) La mujer que duda un solo momento entre el amor puro de un hombre y las asquerosas caricias de un perro, es una mujer sin corazon, ó de un corazon relajado que solo merece odio y desprecio.

LUISA. Pero Jorge....

JORGE Doy á V un minuto para decidirse.

LUISA (Dios mio!..)

JORGE. Resiste V..? pues... (*En actitud de irse.*) á la una....

LUISA. (*Con sentimiento.*) (Y he de abandonar á Abelardo!...)

JORGE. A las dos....

LUISA. (Destino cruel!)

JORGE. A las tres. (*Se dirige precipitadamente á la puerta.*)

LUISA. (*Corriendo tras de Jorge.*) Tú, Jorge, tú.. (Oh! amor, cuan caro me cuestas!..)

JORGE. (*Volviendo.*) Luisa mia!...

LUISA. Jorge, tuyo es mi amor como lo ha sido siempre, pero yo creia que el corazon...

JORGE. Luisa, es muy mezquino el corazon de la mujer que solo dá entrada á sentimientos vulgares; es muy pobre el corazon que se muestra indiferente á las lágrimas, á la desgracia, y solo se conmueve al oir el quejido de un miserable perro. Hay en el corazon de la mujer fibras de una sensibilidad mas noble y mas esquisita; de esa sensibilidad que se deja llevar de las simpatías de la admiracion, del amor hácia un objeto hermoso con el que se identifica nuestra exis-

tencia. Cuánto mas noble no es oir los suspiros de un alma sencilla y pura donde se ve retratada nuestra imágen! Cuánto mejor no es escuchar el grito apasionado de un corazon que dice con entusiasmo... Luisa!... yo te amo!.. (*Abre los brazos y Luisa se precipita en ellos.*)

LUISA. Si, Jorge, si: es verdad. (*Juana entra al decir Jorge las últimas palabras.*)

JUANA. (*Ap. á Luisa.*) Señorita, cuidado con el veneno.

LUISA. (*Id. á Juana.*) Calla, tonta, entre primos no hace daño. (*A Jorge.*) Y ahora que nos hemos reconciliado, te negarás á aceptar un asiento en mi mesa?

JORGE. No, que hoy es el dia mas felíz de mi vida, porque vuelvo hallarte noble y pura como te dejé, como te veia en mis sueños, como debe ser la mujer para que el hombre no se avergüence de amarla.

LUISA. Jorge!...

JORGE. Luisa!... (*Se retiran por el foro.*)

JUANA. (*Con sentimiento viéndolos salir.*) Qué lástima que no sea primo mio!

FIN.

